



:: [portada](#) :: [Feminismos](#) :: [Machismos-Neomachismos](#)

09-11-2019

Neomachismo & Cambio Social

## Cambiar todo para que nada cambie: mujer fatigada y hombre

camaleón

Lionel S. Delgado

[www.elsaltodiario.com/](http://www.elsaltodiario.com/)

Si la sociedad no cambia, que cambie la mujer en solitario es problemático. Ya deberíamos estar inmunizados

Analía lo explica muy bien en su último artículo: la invitación a la liberación de la mujer, cuando no vino acompañada de los cambios sociales correspondientes, supuso en muchos casos la pérdida de la adaptación que la mujer había logrado a lo largo del tiempo en entornos patriarcales.

### Des-adaptación femenina

En la sociología europea de género, al analizar el paso de sociedades preindustriales a las sociedades industriales se ve cómo la unidad económica pasa de la casa a la fábrica y cómo esto tuvo, efectivamente, impacto en la vida de las mujeres. Estas sociedades, aunque fuesen patriarcales, eran ginocéntricas; a saber, tenían a las mujeres como centro económico de gestión y administración de lo doméstico.

Con el desarrollo industrial, la casa pierde su importancia económica y la mujer queda relegada a las labores de cuidado, sin disponer del poder social que la jefatura de lo doméstico le daba previamente. Los cambios sociales son reajustes de contextos, cambios en las reglas del juego que pueden afectar positiva o negativamente a los actores.

Por ejemplo, centrándonos en el ámbito laboral, que la mujer encuentre menos obstáculos formales para tener una vida laboral puede suponer un logro histórico, pero también puede tener un lado perverso: al no existir ya mecanismos visibles de discriminación, el peso del fracaso o la incapacidad de prosperar se individualizan y caen en forma de losa de culpa sobre la mujer.

Si el contexto ya no es el problema supuestamente porque la mujer ya puede trabajar y aún así no lo consigue, es su culpa. Sin embargo, la realidad es que los obstáculos siguen ahí: la carga de cuidados somete a la mujer a la doble jornada (en la oficina y en casa), la ausencia del hombre de las tareas de cuidados hace que sean las mujeres las que tienen más complicada su trayectoria laboral después del parto. Y aunque consigan acceder a esta vida laboral, en el contexto de oficina hay más obstáculos.

Por ejemplo, es de sobra conocido en Sociología de las Organizaciones cómo algunos entornos laborales masculinizados ponen fuertes barreras para el trabajo femenino: la cultura masculina de una oficina puede hacer que los hombres se reúnan y apoyen entre ellos, tomen decisiones importantes en espacios privados (comidas, bares, reuniones de grupo) que son espacios vedados para las mujeres.

### Género y negociación

La voluntad por sí sola es insuficiente para el cambio, sobre todo cuando hablamos de género. El género, como construcción material y simbólica, es algo que se aprehende e incorpora individualmente, pero también tiene una dimensión social/grupal (son las sociedades las que imponen determinadas construcciones del género) y estructural (las estructuras sociales, como el trabajo, la política, etcétera, reparten posiciones según el género).

Cada persona se encuentra en un tablero más o menos definido, con unas reglas más o menos claras y con la posibilidad de hacer algunos movimientos y otros, no. De eso va el género: de



personas posicionadas en un tablero social según unos rasgos corporales (determinadas órganos sexuales, determinados cromosomas y determinadas hormonas) que le delimitan sus posibilidades sociales.

A partir de ahí, en ese tablero, la persona negociará con el contexto para intentar moverse como quiera, siempre dentro del marco de lo que puede hacer. La investigadora turca Deniz Kandiyoti, utilizó el concepto de "negociación patriarcal" para referirse a ese diálogo que establece la mujer en contextos sistémicos de desigualdad de género con el fin de poder conseguir sus objetivos (trabajo, libertad, tranquilidad). Sin embargo, una negociación siempre busca el beneficio de las partes y, en el caso de la mujer, a veces los contextos no le dejan mucha libertad de negociación.

Y, como explica Elisabeth Kelan, cuando lo deseable choca constantemente con una realidad desilusionante, puede darse lo que llama la fatiga de género: una frustración creciente debida a la disonancia entre lo que se espera conseguir en la negociación y lo que realmente se consigue. Las consecuencias de esa fatiga: naturalizar la desigualdad, renunciar a situaciones de igualdad y sufrir por esto mucho estrés; y este cansancio lleva a dejar de confrontar. De ahí la importancia del feminismo ya que, si los cambios individuales suponen desventajas adaptativas, la organización colectiva de esos cambios pueden dar lugar a renovaciones culturales y generación de entornos más inclusivos.

### El hombre también cambia

En el hombre todo esto es distinto. Ya solo por la posición que ocupa, su negociación con el entorno suele ser beneficiosa. Pero cuidado. Cuando analizamos las masculinidades, no siempre tenemos la sensibilidad que tenemos con las mujeres y corremos el riesgo de simplificar la realidad del hombre: el género es una de las reglas del juego, pero existen otras.

Clase social, color de piel, idioma, religión, sexualidad..., todo esto también reparte posiciones y limita movimientos. Analizar la complejidad de ese tablero es lo que hace el enfoque de la interseccionalidad. Pero no nos podemos parar a analizar todos esos ejes aquí hoy, así que profundicemos solo en el de género. Como en el caso de las mujeres, los hombres también viven un cambio social importante: la crisis de la masculinidad hegemónica hizo que ya perdiesen interés relatos de cómo ser hombre del tipo Rambo, James Bond o El Fari. Esos modelos ya nos causan más risa que otra cosa.

La norma ya no está ahí. Ahora el asunto es más complicado, porque comienzan a aceptarse cuotas de cuidado, de autocuidado y de emocionalidad en el hombre. El hombre ahora intenta ser un padre presente, intenta cuidar su imagen y ya no tiene tanto miedo a mostrar emociones.

Pero eso no genera igualdad per sé. Decíamos que el cambio individual no es suficiente sin cambios culturales. Y en este caso, la difusión de modelos individuales de hombres más comunicativos, más emocionales y que cocinan pizza los sábados por la noche no se traduce necesariamente en sociedades más justas.

La socióloga Cheri J. Pascoe denomina a estos nuevos discursos sobre ser hombre las masculinidades híbridas. Se trata de cambios en los relatos sobre cómo son los hombres integrando nuevos elementos de sensibilidad, estética y cuidados sin que cambien necesariamente las desigualdades estructurales que reparten posiciones en el tablero.

### Desigualdades camaleónicas

Si cambian los hombres individualmente pero no cambian las reglas del juego, lo que podría estar pasando es que las desigualdades se camuflen. Ahora los hombres son más sensibles y más colaborativos, y las mujeres tienen más acceso al trabajo y tienen a sus maridos haciendo pizza los sábados por la noche.



En principio, ese cambio anuncia alegría e igualdad. Pero resulta que las reglas de género no cambian: el hombre sigue sin limpiar el baño (seguro que hay algún lector indignado diciendo "yo limpio el baño"; le felicito, pero también le invito a ver estadísticas para saber cuántos hay como usted) y sigue sin cogerse el máximo posible de permiso de paternidad.

La mujer sigue teniendo una carga doble de cuidados o sigue teniendo que renunciar a trayectorias laborales por la familia, por nombrar solamente algunas desigualdades que persisten en el ámbito laboral. En resumidas cuentas, aunque haya habido avances de género en la dimensión individual de representación estética del cuerpo, siguen existiendo estructuras de desigualdad que hacen que esos cambios, individuales, muchas veces supongan meramente desadaptación.

Que cambie lo individual sin que lo acompañe lo estructural desacompaña. El género no va de individuos, va de sistemas: sistemas de repartos de poder, de opciones y de posiciones en un tablero que siempre es social.

Plantear la igualdad de género como una lucha para que los individuos consigan libertades individualmente es una trampa que minimiza la importancia de los cambios culturales, económicos, políticos y sociales. Ya basta de individualizar el trabajo y de depositar en la persona la carga del cambio.

Necesitamos ambientes que nos acompañen, porque solos y solas no siempre podemos.



Foto de [Irene Díaz](#)

Fuente: <https://elasombrario.com/mujer-fatigada-y-hombre-camaleon/>